Laura Bellini



Dilo sin bromear

No todo lo que de verdad importa puede convertirse en una broma

Dilo sin bromear

No todo lo que de verdad importa puede convertirse en una broma

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902349

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio de un buen remate..... 11
Capítulo 2 - Las reglas del juego..... 22
Capítulo 3 - El silencio que no estaba en el guion..... 32
Capítulo 4 - Fuera del alcance del micrófono 43
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 54
Capítulo 6 - Sin una respuesta preparada..... 66
Capítulo 7 - Entre una palabra y otra..... 78
Capítulo 8 - Al otro lado de la luz 89
Capítulo 9 - Todo lo que no se puede volver a grabar..... 101
Capítulo 10 - Sin público..... 113
Capítulo 11 - Las reglas que nunca escribimos.....127
Capítulo 12 - El mensaje imposible de ignorar.....138
Capítulo 13 - Las condiciones que no figuraban en el contrato 152
Capítulo 14 - La verdad a medio camino 163
Capítulo 15 - Una decisión tomada en silencio.....175
Capítulo 16 - Una distancia mayor que los kilómetros 189
Capítulo 17 - Con mi propia voz.....200
Capítulo 18 - Una conversación sin guion 210
Capítulo 19 - Lo que queda después de la última escena 222
Capítulo 20 - Dilo sin bromear..... 232

INTRO

Por primera vez en quince años, había escrito una escena en la que nadie decía nada gracioso.

Estaba sola en un estudio de radio de Breslavia, contemplando las dos páginas del guion impreso. Al otro lado del cristal de la sala de control brillaban unos pilotos verdes, mientras el aire acondicionado emitía un sonido parecido al de una persona que deseaba suspirar con todas sus fuerzas, pero cuyas obligaciones profesionales se lo impedían. Eran las siete y cuarenta de la tarde, casi todo el equipo se había marchado a casa y yo acababa de cometer el delito más grave de mi carrera como guionista de comedias: había permitido que un personaje dijera la verdad.

—Te quiero —leí en voz alta.

Las palabras me resultaron extrañas. No porque nunca las hubiera pronunciado. Al contrario, las conocía perfectamente, igual que conocía todas las maneras posibles de quitarles importancia de inmediato.

Mi protagonista, Marta, debía añadir después de aquella confesión que, por supuesto, se refería a su amor por la cocina recién reformada. El público tenía que reírse. Su pareja debía responder con un chiste sobre la hipoteca. Después vendrían la música, los anuncios y el siguiente episodio.

Ese era el plan.

Solo que yo había tachado el remate.

Lo había hecho conscientemente, con premeditación y desobedeciendo las tres observaciones editoriales que había recibido aquella misma tarde.

En la pantalla de mi teléfono apareció un mensaje de Iga, mi amiga y la única persona que sabía que, desde hacía varios meses, estaba preparando algo más que nuevos episodios de romances radiofónicos salpicados de chistes.

¿Y bien? ¿Se lo has dicho?

Le respondí que todavía no.

Lo de siempre, entonces. La gran Aldona Mróz, capaz de hacer reír a media Polonia, pero incapaz de pedir aquello que de verdad le importa.

Sonreí a mi pesar.

Iga tenía aquella irritante cualidad de dar siempre en el clavo sin necesidad de crear ningún efecto dramático.

Llevaba medio año trabajando en una ficción sonora propia que no necesitaba risas grabadas en los momentos oportunos. Una historia sobre dos personas que se encontraban demasiado tarde, tomaban decisiones equivocadas y solo aprendían a hablar cuando se les acababan las excusas. Tenía terminado el guion del episodio piloto, había despertado cierto interés en una pequeña productora independiente y contaba con ahorros suficientes para pasar varios meses sin aceptar cualquier encargo que se me presentara.

Solo me faltaba reunir el valor necesario para abandonar el programa que me había dado a conocer.

Sobre el escritorio descansaba un sobre con la carta de rescisión de mi contrato de colaboración. Había firmado el documento la noche anterior, después de una copa de vino tinto y una larga conversación con mi propio reflejo en el espejo del baño.

Había decidido entregarlo a la mañana siguiente.

Lo que no había previsto era que alguien decidiera cambiar mis planes aquella misma noche.

La puerta de la sala de control se abrió sin previo aviso.

—Sabía que encontraría aquí a alguien que no respeta los horarios de trabajo.

Levanté la mirada.

En el umbral había un hombre vestido con una camisa oscura, las mangas remangadas y un abrigo apoyado sobre el antebrazo. Llevaba el cabello oscuro y corto, con algunas hebras plateadas en las sienes, y tenía el rostro de alguien que rara vez se daba prisa porque, por lo general, eran los demás quienes debían adaptarse a su ritmo.

No lo conocía personalmente, pero lo reconocí de inmediato.

Błażej Ryba.

Cuarenta y dos años, productor radiofónico, responsable de varios programas que habían obtenido el reconocimiento de la crítica y de uno que yo detestaba profundamente. Desde hacía un mes circulaban rumores de que iba a hacerse cargo de la supervisión de nuestra franja de programación.

Por lo visto, aquellos rumores no habían mencionado su afición a las visitas inesperadas.

—Si busca a alguien que respete los horarios de trabajo, le recomiendo el departamento de contabilidad —respondí—. Salen siempre a su hora y nunca se ríen con mis guiones.

En lugar de devolverme la broma, miró las páginas impresas que tenía delante.

—¿Señora Mróz?

—Depende de quién pregunte y de si lleva encima una carta de despido.

—Błażej Ryba.

—Lo sé. Tiene un apellido perfecto para una comedia radiofónica. Sería una pena no aprovecharlo.

Recibió mi comentario arqueando ligeramente una ceja, pero no sonrió enseguida. Solo cuando dejó el abrigo sobre el respaldo de una silla vi que una de las comisuras de sus labios se movía apenas. No parecía una sonrisa de cortesía. Más bien daba la impresión de que acababa de decidir que no iba a ponerme las cosas fáciles.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el guion.

—Depende de si piensa leerlo o corregirlo.

—Primero, leerlo.

Le entregué las hojas. Permaneció unos instantes junto a la mesa de mezclas, recorriendo las líneas con la mirada. Tenía las manos tranquilas y leía sin aquella forma nerviosa de pasar las páginas con la que los productores solían demostrar lo valioso que era su tiempo.

El silencio empezó a prolongarse de manera insoportable.

—Falta el remate —dijo por fin.

—Lo sé.

—¿Lo ha quitado a propósito?

—A veces tomo decisiones conscientes.

Me miró por encima de la hoja.

—¿Por qué lo ha eliminado?

Podría haber respondido con un chiste. Tenía por lo menos cuatro en la cabeza, todos preparados para utilizarlos al instante. Uno trataba sobre la inflación, otro

sobre la calidad de los matrimonios modernos, el tercero sobre nuestro patrocinador y el cuarto era tan indecente que hasta Iga me habría pedido que me lo pensara dos veces.

No utilicé ninguno.

—Porque ella lo quiere de verdad —respondí.

Błażej dejó las hojas sobre la mesa.

—Lo sé.

Aquellas dos palabras me sorprendieron más que toda su visita inesperada.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he leído las escenas anteriores. En todas intenta decirle algo importante y él cambia de tema. Cuando por fin reúne el valor necesario, usted la obliga a bromear sobre la cocina. Es una pena desperdiciar ese momento.

Durante varios segundos lo observé sin decir nada. La mayoría de los productores hablaban del ritmo, de lo atractivos que resultaban los diálogos y de cómo mantener al oyente atento antes de la pausa publicitaria. Aquel hombre había reparado en algo de lo que ni siquiera había hablado con mi editora.

—Nuestros oyentes esperan una comedia —le recordé.

—¿Y eso significa que no pueden escuchar una declaración sincera?

—Pueden. Pero casi siempre alguien añade inmediatamente un chiste.

—¿Y usted?

Sabía que se refería al guion. Aun así, sentí que su pregunta apuntaba a algo mucho más personal.

—A mí me pagan por hacerlo.

Esta vez sonrió. Despacio, sin prisa, como si fuera consciente de que no debería animarme a seguir y, sin embargo, no pudiera evitarlo.

—En ese caso, le estamos pagando demasiado por esquivar las respuestas.

Me reí antes de tener tiempo de decidir si quería darle la razón.

El teléfono vibró. En la pantalla apareció otro mensaje de Iga.

No te eches atrás mañana. Te prometiste a ti misma una vida nueva.

Le di la vuelta al teléfono y lo dejé con la pantalla contra la mesa.

Błażej advirtió el movimiento, pero no intentó leer el mensaje. Aquella pequeña muestra de discreción me impresionó inesperadamente.

—He venido a hablar de un proyecto nuevo —dijo—. Una comedia romántica. Quiero que usted la escriba.

Miré el sobre que sobresalía por debajo de mi cuaderno.

—Puede que haya llegado demasiado tarde con su propuesta.

—Puede ser. Pero todavía no la ha escuchado.

Me acerqué al cristal que separaba la sala de control del estudio vacío. En el reflejo nos veía a los dos: a mí, con el pelo recogido descuidadamente en la nuca, y a él, de pie junto a la mesa, con mis páginas entre las manos.

Tenía treinta y ocho años y, por primera vez en mucho tiempo, sabía exactamente lo que quería. Solo tenía que decirlo en voz alta. En lugar de hacerlo, me preguntaba por

qué un hombre al que acababa de conocer hacía unos minutos había sido capaz de comprender con tanta facilidad el sentido de una escena que los demás habían pasado por alto.

—¿Y si ya no quiero escribir comedias? —pregunté.

Błażej no respondió de inmediato. Dejó el guion sobre la mesa y se colocó a mi lado, manteniendo entre nosotros suficiente espacio para que pudiera apartarme con toda libertad.

—Entonces me gustaría saber qué quiere escribir en su lugar.

Una de las lámparas automáticas del estudio se apagó. En el cristal oscurecido, nuestros reflejos se volvieron más nítidos.

Todavía podía tratar aquella conversación como un juego profesional.

También podía decir la verdad.

Pero ¿por qué, junto a Błażej Ryba, un desconocido con una mirada inquietantemente atenta, aquella segunda posibilidad me resultaba al mismo tiempo tan tentadora y tan peligrosa?

Capítulo 1 - El precio de un buen remate

A la mañana siguiente llegué al estudio veinte minutos antes para hacer algo para lo que llevaba medio año reuniendo valor. El sobre con la carta de rescisión de mi contrato estaba en el bolso, entre la cartera y un paquete arrugado de pañuelos de papel. Durante todo el trayecto en tranvía comprobé varias veces que siguiera allí, como si sospechara que el documento podía aprovechar la primera oportunidad para escaparse. Estaba decidida. Al menos mientras no tuviera que explicarle mi decisión a nadie.

Junto a la entrada de la sala de control encontré una nota pegada al cristal.

Reunión de desarrollo creativo. Sala B. 9:00. Asistencia obligatoria de Aldona Mróz.

Firma: Błażej Ryba.

—Por supuesto —murmuré—. Algunos hombres llevan flores. Otros organizan reuniones.

En la sala B me esperaban café, dos ejemplares de un guion y el hombre que la noche anterior me había preguntado qué era lo que realmente quería escribir. Błażej llevaba una camisa clara, esta vez sin chaqueta. Estaba sentado a la mesa con el portátil abierto y, cuando entré, lo cerró con tanta decisión que sentí una desagradable satisfacción.

—Buenos días, señora Aldona.

—Eso está por ver.

—¿Café?

—Siempre que no forme parte de una trampa de negociación.

—Solo, sin azúcar. Así lo tomó ayer.

Me detuve junto a la silla. Lo había recordado. No tenía nada de extraordinario y, sin embargo, registré aquel detalle con una precisión irritante.

—¿Observa con la misma atención a todos los empleados?

—A aquellos de quienes depende el éxito de un proyecto.

—Entonces no debería sentirme especial.

—Yo no he dicho eso.

Me senté frente a él y coloqué el bolso con cuidado junto a una pata de la silla. Błażej deslizó hacia mí un documento impreso titulado Amor en frecuencia. Debajo aparecía mi apellido y, a su lado, una anotación: Concepto para desarrollo conjunto. No me gustó aquella anotación. Me gustó todavía menos que alguien hubiera utilizado mi nombre antes de que yo diera mi consentimiento.

—¿De dónde ha sacado esto?

—De la directora de programación. Me habló de usted como la mejor guionista de diálogos con la que había trabajado.

—Qué amable. Normalmente me presenta como alguien que incumple los plazos y cuestiona las decisiones.

—También mencionó eso.

Abrí el documento. Los protagonistas se llamaban Marta y Adam, pero, aparte de sus nombres, había muy poco que recordara a la historia en la que llevaba trabajando los últimos meses. Alguien había añadido una escena de

malentendido con un anillo de compromiso, dos discusiones en un restaurante y un final en el que la protagonista le perdonaba absolutamente todo a su pareja porque él había contratado una orquesta.

—¿Quién ha escrito esto?

—El equipo creativo.

—Por favor, transmítale al equipo que la gente no deja de ser idiota solo porque haya violines sonando a sus espaldas.

Błażej se recostó en la silla.

—¿Qué propone usted?

—Empezar por la honestidad. Marta no quiere otro gesto espectacular. Quiere saber si Adam es capaz de quedarse a su lado cuando no hay público.

—Es una comedia romántica.

—Precisamente por eso debería tratar sobre el amor y no sobre el alquiler de músicos.

Me observó durante unos instantes. No parecía divertido ni ofendido. Eso era lo peor. Sabía convencer a las personas indignadas y desarmar a las que se reían. Błażej daba la impresión de estar considerando mis argumentos de verdad.

—Quiero seis episodios piloto —anunció—. Treinta minutos cada uno. Dos protagonistas, tramas secundarias autoconclusivas y un conflicto principal bien definido. Después de los seis episodios evaluaremos los resultados y decidiremos si hacemos una temporada.

—¿Qué espera de mí?

—Que escriba la serie.

—¿Y si me niego?

—Buscaré a otra persona.

Lo dijo sin presionarme. Aquella respuesta tranquila me dejó sin el discurso que había preparado sobre la independencia creativa. Estaba acostumbrada a productores que insistían en que debía sentirme agradecida por tener trabajo. Él me dejaba elegir.

—¿Tiene a alguien que pueda sustituirme?

—Varios nombres.

—Entonces, ¿por qué estamos hablando?

Błażej se inclinó sobre la mesa.

—Porque he leído su guion. El verdadero, no la versión preparada por el equipo.

Sentí frío, aunque en la sala hacía demasiado calor.

—¿Qué guion?

—El material que dejó ayer en la sala de control.

—Dos páginas.

—Fueron suficientes para comprender que ya no quiere escribir como hasta ahora.

Guardé silencio. No lo había dicho como un reproche, pero me sentí expuesta. Durante años había separado con muchísimo cuidado a Aldona Mróz, autora de diálogos ingeniosos, de aquella mujer que a veces no conseguía dormir porque llevaba demasiado tiempo dándole vueltas a una sola frase.

—Tengo un proyecto propio —dije por fin.

—Sé que está trabajando en algo. No conozco los detalles.

—Y no pienso abandonarlo.

—No se lo estoy pidiendo.

—Pero quiere mi tiempo, mi nombre y mis ideas.

—Sí.

—Por lo menos es usted descaradamente sincero.

—Procuro reservar el descaro para las ocasiones importantes.

Me descubrí sonriendo. Recuperé enseguida la seriedad.

Błażej abrió el portátil y me mostró el calendario de trabajo. La primera versión del episodio piloto debía estar lista en tres semanas. Para dentro de seis estaba prevista una grabación de prueba con actores. El proyecto tenía presupuesto propio, un equipo independiente y la posibilidad de distribuirse posteriormente fuera de la programación habitual de la emisora.

—Solo hay una condición —dijo.

—Por supuesto. Ya empezaba a preocuparme que fuera usted razonable hasta el final.

—No quiero que escribamos otra historia sobre personas que pasan diez episodios evitando hablar cuando bastaría con una sola frase sincera.

Solté una breve carcajada.

—Acaba de describir el ochenta por ciento de las comedias románticas.

—Lo sé. Me gustaría hacer algo mejor.

—¿Aunque perjudique a la audiencia?

—Si es necesario.

Lo observé con más atención.

—Es fácil decirlo cuando no es usted quien paga el precio de su ambición.

—Yo respondo por el presupuesto. Usted, por la historia. Los dos pagaremos las consecuencias si sale mal.

No había una seguridad exagerada en su voz. Por primera vez advertí que detrás de aquella serenidad se escondía cierto cansancio. Todavía no sabía si procedía del trabajo o de algo más personal.

Saqué el sobre del bolso y lo dejé delante de mí.

—Hoy he venido con esto.

Błażej echó un vistazo al documento.

—¿La rescisión del contrato?

—Sí.

—Entiendo.

—¿No va a preguntarme por qué?

—Podría hacerlo. Pero no quisiera que sintiera que tiene que darme explicaciones.

Durante un momento no supe qué responder. El hombre que acababa de ofrecerme el proyecto más importante de los últimos años no intentaba aprovecharse de mi incertidumbre. Aquello debería haberme facilitado la decisión. Sin embargo, tenía ganas de oírle decir que no quería que me marchara.

—Es usted irritante —le dije.

—Ya es la segunda vez que lo insinúa.

—¿Lleva estadísticas?

—Solo de las conversaciones interesantes.

Sentí calor en las mejillas y me odié por aquella reacción. A los treinta y ocho años debería ser capaz de aceptar un cumplido sin comportarme como la protagonista de una novela romántica mal escrita.

Cubrí el sobre con la mano.

—Si aceptara su propuesta, necesitaría tener pleno control sobre los diálogos. Sin que gente que considera que una mujer de más de treinta años solo resulta graciosa cuando busca marido desesperadamente se dedique a añadir chistes.

—Estoy de acuerdo con el enfoque. No puedo prometer que no haya observaciones editoriales.

—También quiero elegir personalmente a mi colaborador de guion.

—Podemos hablarlo.

—Y ningún cambio en el final sin mi aprobación.

Błażej reflexionó unos instantes.

—En ese caso, yo también tengo una condición.

—Le escucho.

—No vamos a esconder las escenas importantes detrás de los chistes solo porque tengamos miedo de sus consecuencias.

Lo miré con desconfianza.

—¿Estamos hablando de trabajo?

—Del guion, señora Aldona.

No respondí. Algo en la manera en que pronunció mi nombre hizo que, de repente, oyera con extraordinaria claridad el tictac del reloj que había encima de la puerta.

—Es una condición difícil —admití.

—¿Para usted?

—Para cualquiera que haya intentado decirle algo importante a otra persona.

Błażej dejó de sonreír. Durante un breve instante nos miramos sin la protección que ofrecían los argumentos profesionales.

Después aparté el sobre.

—No prometo quedarme.

—No espero ninguna promesa.

—Necesito hasta mañana para decidirlo.

—De acuerdo.

—Y no crea que me ha convencido con esa voz tan tranquila.

—Ni se me ocurriría pensarlo.

Me levanté y recogí el guion. Al llegar a la puerta me detuve un instante.

—Y usted, señor Ryba, ¿es capaz de decir algo importante sin bromear?

No respondió de inmediato.

—¿Profesionalmente? Sí.

—¿Y en su vida privada?

Su mirada se detuvo en mi rostro.

—Todavía estoy trabajando en ello.

Salí antes de que pudiera contestarle algo de lo que más tarde me arrepintiera.

Antes del mediodía hablé con la directora de programación. No le entregué la carta de rescisión. En lugar de eso, le comuniqué que necesitaba dos días para decidir sobre la continuidad de nuestra colaboración. Se sorprendió, pero aceptó sin demasiada resistencia. Estaba claro que el nuevo proyecto tenía mucha importancia para la emisora.

Después de la reunión me encerré en una pequeña sala de edición. Saqué mi propio guion y leí la última escena. En ella, la protagonista decía que amaba a un hombre que nunca había aprendido a quedarse. No había ningún chiste. No había música. Solo el silencio que seguía a una frase imposible de retirar.

Entonces comprendí que era precisamente aquel silencio lo que me daba miedo.

El teléfono sonó unos minutos después.

—¿Y bien? —preguntó Iga.

—No he entregado la carta.

—Aldona.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Te prometiste que no te quedarías solo porque alguien te ofreciera un poco más de dinero y una taza nueva con el logotipo de la emisora.

—Nadie me ha ofrecido ninguna taza.

—Es un escándalo. Deberías marcharte inmediatamente.

Me reí, pero aquella vez la risa no resolvió el problema.

—He conocido a un productor —dije.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¿Y?

—Es inteligente. Escucha. No me trata como una máquina de fabricar remates.

—Suena sospechoso.

—Irritantemente guapo.

—Ajá.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Ese «ajá» tan significativo.

Iga suspiró.

—No me preocupa que alguien te guste. Me preocupa que vuelvas a confundir el interés por alguien con una razón para renunciar a tus propios planes.

Sus palabras me dolieron porque tocaron algo que llevaba mucho tiempo intentando esconder. Unos años atrás había permanecido en una relación mucho más de lo que debería, diciéndome que el amor exigía paciencia. En realidad, cada vez me exigía ocupar menos espacio en mi propia vida.

—No voy a renunciar —dije en voz baja.

—Entonces asegúrate de que él lo entiende.

Cuando terminó la llamada, regresé a la sala B. Błażej ya no estaba, pero sobre la mesa había una hoja con una nota manuscrita.

Si decide escribir la serie, le sugiero que empiece por una escena en la que los protagonistas sean incapaces de decir la verdad. Me parece que conoce bien el tema.

Debajo había un número de teléfono.

Me quedé mirando aquellas palabras mucho más tiempo del razonable.

No sabía si Błażej Ryba acababa de proponerme un desafío profesional o si había interpretado mi vida con una precisión peligrosamente inquietante.

Solo sabía que, por primera vez en meses, tenía ganas de sentarme a escribir no porque estuviera obligada, sino porque alguien me había planteado una pregunta cuya respuesta desconocía.

Y eso era mucho más arriesgado que cualquier contrato.

Capítulo 2 - Las reglas del juego

A las nueve de la mañana del día siguiente le envié un mensaje a Błażej.

Aceptaré la propuesta si nos vemos fuera del estudio y hablamos como dos adultos que no intentan venderse mutuamente la idea del éxito.

Respondió siete minutos después.

De acuerdo. Cafetería de la calle Włodkowica. Cinco y media de la tarde. Sin presentaciones ni gráficos.

Añadí:

Y sin discursos motivacionales.

Intentaré sobrevivir sin ellos.

Durante el resto del día intenté trabajar en un episodio atrasado del programa, pero todas las frases me parecían artificiales. La protagonista tenía que volver a interpretar mal las palabras de su prometido y montar una discusión que podría resolverse con una sola pregunta. Escribí tres versiones de la escena. Todas eran correctas. Ninguna me producía satisfacción.

A las cuatro cerré el portátil y contemplé mi reflejo en la pantalla oscura. Me arreglé el pelo, me lo solté y después volví a recogérmelo. Estaba enfadada conmigo misma por preocuparme siquiera de aquello. Al fin y al cabo, iba a hablar de trabajo, no a prepararme para una cita.

Finalmente elegí unos pantalones oscuros, una blusa sencilla y un abrigo. Ningún esfuerzo especial. Al menos esa era la versión de los hechos que pensaba contarle a Iga si me preguntaba.

La cafetería era pequeña, con mesas de madera y ventanas que daban a una calle mojada por la lluvia. En el aire flotaba el aroma del café, la canela y el pan recién hecho. Błażej estaba sentado en una mesa al fondo del local. Delante tenía una taza de espresso y, a su lado, un cuaderno.

Cuando me vio, se levantó.

—Señora Aldona.

—Si vas a seguir tratándome de usted, tendré que añadirlo a mis honorarios.

—Błażej.

—Aldona.

Nos estrechamos la mano. Su apretón fue firme, pero sin ostentación. No retuvo mi mano ni un segundo más de lo que exigía la cortesía.

Por alguna razón que no conseguí explicarme, aquello me decepcionó.

Nos sentamos. Pedí un té con limón, aunque normalmente tomaba café. Błażej apartó el cuaderno.

—Antes de empezar, quiero aclarar algo —dijo.

—Suena como el comienzo de una conversación sobre recortes presupuestarios.

—No voy a pedirte que renuncies a tu propio proyecto.

Lo miré con más atención.

—Ni siquiera sabes de qué trata.

—No necesito saberlo. Dijiste que era importante para ti. Eso me basta para tomármelo en serio.

Sentí una incómoda presión en la garganta. Me había preparado para negociar dinero, plazos y derechos de autor.

No esperaba que lo que más resistencia despertara en mí fuera el simple reconocimiento de mis ambiciones.

—¿Y si los dos proyectos empiezan a competir entre sí?

—Entonces estableceremos prioridades. No quiero construir un programa sobre la idea de que alguien debe sacrificar toda su vida por una sola producción.

—¿Lo dices como productor o como persona?

Błażej estuvo unos instantes haciendo girar la taza entre los dedos.

—Antes habría dicho que no había ninguna diferencia.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que es una convicción muy peligrosa.

No desarrolló aquella idea. Sin embargo, advertí que, por primera vez desde que nos conocíamos, no había encontrado una respuesta inmediata. Aquella pequeña muestra de inseguridad hizo que me pareciera más humano.

Saqué del bolso el cuaderno donde había preparado mis puntos.

—Bien. Estas son mis condiciones.

—Te escucho.

—Trabajo en el guion tres días a la semana. Los otros dos los reservo para mi proyecto personal. No firmo ninguna cláusula de exclusividad. Me reservo el derecho a rechazar cambios que alteren el sentido de la historia. Y no aceptaré una situación en la que la versión definitiva del guion se prepare a mis espaldas.

Błażej escuchó sin interrumpirme. Cuando terminé, anotó varias observaciones.

—Tres días podrían no ser suficientes para cumplir el plazo del primer piloto.

—Entonces busca a otra guionista.

Lo dije con tranquilidad. No estaba fingiendo.

Błażej me miró por encima del cuaderno.

—No quiero a otra guionista.

Aquella frase permaneció suspendida entre nosotros más tiempo del debido.

—¿Profesionalmente? —pregunté.

Sus labios se movieron apenas.

—Por ahora estamos hablando de trabajo.

—Sensato.

—No siempre soy sensato.

Aparté la mirada hacia la ventana. Al otro lado del cristal pasaba una pareja bajo el mismo paraguas. La mujer se reía mientras intentaba esquivar un charco y el hombre la sujetó suavemente por el codo. El gesto duró un segundo. Fue suficiente para que pensara en lo fácil que resultaba escribir escenas así y en lo difícil que era creer que pudieran ocurrir de verdad.

—Te propongo otra solución —intervino Błażej—. Tres días fijos de trabajo en el guion. Reuniones adicionales solo si los dos estamos de acuerdo y con suficiente antelación. Si necesitamos más tiempo, primero hablaremos de modificar el calendario y solo después de tu disponibilidad.

—¿Y la dirección?

—Ese es mi problema.

—Suena demasiado bonito.